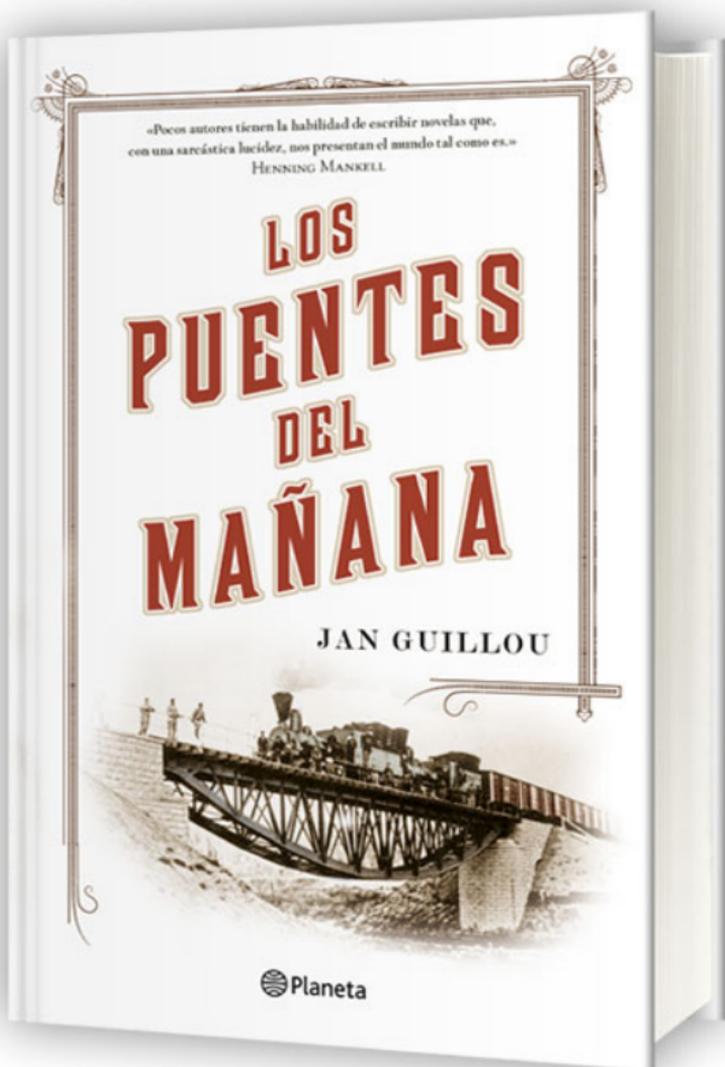


Primer capítulo

Los puentes del mañana

Jan Guillou



Tres hermanos. Dos guerras mundiales. Un siglo.

JAN GUILLOU

LOS PUENTES
DEL MAÑANA

Traducción del sueco por Mayte Giménez
y Pontus Sánchez

 Planeta Internacional

I

El barco vikingo

Los hombres perecían en el mar. Así de sencillo. Había pasado antes y volvería a suceder, pues ésa era la suerte que corrían los habitantes de la costa, en Osterøya igual que en otras islas y otros fiordos.

Así fue como Lauritz, Oscar y Sverre quedaron huérfanos de padre, igual que las pequeñas Turid, Kathrine y Solveig.

Nadie sabía lo que había pasado allí fuera, y lo habitual era que nunca se llegara a saber. La tempestad había descargado con fuerza, como suelen hacerlo los temporales en febrero. Pero Lauritz y Sverre eran navegantes experimentados, corpulentos y fuertes como pocos, y además se habían criado en el mar. Se decía de ellos, sólo medio en broma, que por sus venas corría sangre vikinga. Su padre había sido igual.

Lo único que les quedaba era formular hipótesis sobre lo sucedido. Las placas de hielo no eran habituales en aquella época del año, y tampoco parecía posible que hubieran tocado fondo o perdido el rumbo y se hubiesen ido a pique tras chocar contra un acantilado. Eran demasiado diestros y conocían las aguas de los fiordos y las rutas marítimas como la palma de sus grandes manos. Podrían haber tenido una avería en el mástil, o quizá habían tenido tanta fortuna en la pesca que la carga se volvió demasiado pesada y los traicionó mientras intentaban salir de la tempestad. En cualquier caso, de nada servía especular.

El pastor de Hosanger apareció una semana más tarde, cuando por fin pudo estar seguro de que se había desvanecido toda esperanza y de que la responsabilidad de las dos viudas pasaba de manos de sus maridos a la Iglesia. Llegó en el barco

de vapor al muelle de Tyssebotn y luego tuvo que preguntar para encontrar el camino.

La finca Frøynes no quedaba lejos de donde atracaban los barcos de vapor, al abrigo de una colina de piedra. Tenía dos viviendas —cosa muy poco habitual—, cuadras, dos graneros y varios almacenes de comida de más de cien años de antigüedad, elevados con pilares para que ningún animal entrara en ellos. Todo estaba bien cuidado y evocaba más una discreta prosperidad que la pobreza que en general reinaba en el resto de las islas. Los hermanos Eriksen eran trabajadores y devotos, y habían cuidado bien de sus familias. Incluso habían construido su propio barco de pesca con doble espacio de carga.

El pastor se encontró con las dos viudas, que ya habían empezado a vestir ropa negra, en la vivienda un poco más grande, donde vivía Maren Kristine, la mujer de Lauritz, junto con sus tres muchachos. Los chicos estaban sentados en uno de los bancos del salón, arreglados y con rastros de lágrimas en la cara. A su lado, tres niñas menores que ellos, hijas de Sverre Eriksen, y su esposa Aagot. Los vestidos de las pequeñas eran negros, y el pastor pensó que, seguramente, su madre les acababa de quitar unos blancos. Las seis criaturas formaban una imagen desgarradora.

Las dos viudas estaban sentadas con la espalda erguida mientras escuchaban las palabras del sacerdote. Guardaban la compostura, sin soltar una sola lágrima. Era evidente que habían sido educadas para mantener la dignidad.

El pastor no tenía palabras de consuelo; ¿qué decir en una situación así? Se ciñó a lo práctico. En los casos en los que no había cadáveres que enterrar, se oficiaba una misa especial que terminaba con la bendición de las almas de los fallecidos. Fijaron una fecha.

Después sólo faltó formular las difíciles preguntas acerca de cómo se las iban a arreglar en adelante las familias sin los ingresos que obtenían del mar. Las dos viudas eran jóvenes, de unos treinta años o ni siquiera eso, y Maren Kristine era especialmente hermosa, pelirroja, pecosa, de ojos grandes y azules. Era dueña de una finca que no era muy modesta precisamente. No de-

bería tener ninguna dificultad en encontrar un nuevo esposo, y su cuñada tampoco.

Pero aquel tema de conversación era de lo más inapropiado en ese momento, por lo que el pastor prefirió averiguar cuáles eran las necesidades más inmediatas con que las familias se iban a encontrar. La finca las proveía de alimento: carne de cordero, de cerdo y de gallina, además de cuatro vacas lecheras. Con menos bocas que alimentar, las viudas también podrían elaborar queso con la leche sobrante y venderlo. Además, afirmaban saber tejer y teñir telas.

Si las tres niñas huérfanas hubiesen sido mayores no habrían tenido más opción que lo habitual, enviarlas como criadas a casa de alguna familia noble de Bergen. Sin embargo, no era viable, pues la mayor de las tres apenas tenía nueve años.

Con los chicos era distinto, a pesar de que sólo tuvieran doce, once y diez años. Podrían encontrar trabajo de aprendices en Bergen, donde se fabricaba, se construía y se reparaba todo aquello que tuviera que ver con la pesca y la navegación.

Las viudas ya habían pensado en ello. Maren Kristine tenía un hermano, Hans Tufte, que trabajaba en la soguería Cambell Andersen, en Nordnes. Ya le había escrito una carta. Era segundo capataz en la soguería, así que algo tenía que valer su palabra, y por ende, si Dios quería, pronto habría tres bocas menos que alimentar. Con el tiempo incluso dispondrían de un pequeño ingreso por parte de los muchachos.

El pastor paseó la mirada por los rostros enrojecidos por el llanto de los tres chicos, que estaban sentados con la cabeza gacha en el banco, sin decir nada y sin hacer la menor mueca que pudiera revelar lo que opinaban respecto a la idea de abandonar su hogar en Tyssebotn para ir a trabajar a la ciudad. No había duda de que ése no era el futuro que habían deseado aquellos hijos de la mar, pero la necesidad nunca mostraba compasión.

Para el pastor no había mucho más que razonar. Les mencionó brevemente las organizaciones caritativas con las que se pondría en contacto en Bergen, pero no podía prometer nada. Con el corazón compungido, comió del pan recién hecho que se le ofreció, puesto que habría sido peor rechazarlo que qui-

társelo literalmente de la boca a las seis criaturas. Los pescadores de la costa del Osterfjorden eran muy estrictos en lo tocante tanto a la moral como a la dignidad.

Cuando se encaminó de nuevo al muelle para contratar a alguien que lo llevase de vuelta a Hosanger, se sintió aliviado de haber cumplido con el pesado deber, al mismo tiempo que se sentía culpable por dicho alivio. Podría haber sido mucho peor. A las dos viudas sí que les esperaba una dolorosa etapa de pena y de pobreza.

Según era costumbre, estarían de luto al menos un año antes de pensar siquiera en buscarse otro hombre, más por necesidad que por apetencia.

Jon Tygesen había sido maquinista del barco de vapor *Ole Bull* desde que fue botado para el tráfico en la primavera del 83. Le bastaba con echar un vistazo rápido por la borda para saber exactamente en qué punto se encontraban de la ruta de catorce puertos con origen en Bergen. Ya estaba cansado de contemplar el paisaje y no lograba entender a esos extranjeros que habían empezado a ir en barco de vapor sólo por placer. En aquel viaje llevaba cuatro de estos pasajeros, dos hombres y dos mujeres. De Inglaterra, si no se equivocaba en sus observaciones. Mientras avanzaban por el fiordo no hicieron más que ir bien acomodados en las butacas de cuero del salón de primera clase, pero en cuanto atracaron salieron a cubierta, tapados hasta la barbilla con abrigos gruesos de cuello de borrego, y se pusieron a gesticular mientras señalaban las laderas de las montañas. De vez en cuando las dos mujeres soltaban algún gritito que, a juzgar por las formas, a Jon le parecían expresiones de entusiasmo. Una gente de lo más peculiar.

En Tyssebotn él también salió a tomar un poco el aire. Lucía el sol pero hacía frío, y por la noche había caído mucha nieve en la montaña de Høgefjell, a pesar de que era ya principios de mayo.

Sin saber por qué, Jon se fijó en la presencia de los tres chiquillos que había abajo, en el muelle. Quizá porque llevaban

jerséis de lana de colores azules poco habituales, pero quizá más porque su madre, vestida de negro por completo, atraía todas las miradas. Era una mujer elegante incluso con la ropa de luto, y se despidió con rigidez de sus tres hijos. Les dio la mano, uno tras otro, mientras ellos inclinaban a su vez la cabeza. Luego dio media vuelta para irse, dio unos pasos, se arrepintió, volvió corriendo, cayó de rodillas y los abrazó a los tres al mismo tiempo, fugazmente. Después se levantó y se marchó sin mirar atrás.

Jon Tygesen comprendió al instante quiénes eran los tres muchachos. Había oído hablar del *Soløya*, el pesquero que había naufragado junto con la tripulación y la carga. «Pobres desgraciados —pensó—. Ahora les toca ir a la ciudad a trabajar como perros, hace frío y está claro que sólo les llegará para ir en cubierta.» En aquel momento apareció el capitán y le preguntó algo que le hizo perder de vista a los chicos, justo cuando acababan de cruzar la balanceante pasarela con paso firme y marinero.

Ya habían pasado Eikangervåg, y llevaban recorrido por tanto un buen tramo, cuando Jon Tygesen descubrió a los tres chicos deslizándose ágilmente por la escalerilla de popa para introducirse en la sala de máquinas. Él había estado echando carbón en la gran caldera, así que no lo habían visto. Jon se los quedó mirando apoyado en la pala. Seguramente no pretendían más que conseguir un poco de calor. Eran los únicos pasajeros de cubierta; todos los demás habían pagado veinticinco céntimos por poder estar resguardados del frío. Fuera no se podía estar.

Ni que decir tiene que lo que estaban haciendo iba contra las normas. Los pasajeros tenían terminantemente prohibido bajar a la sala de máquinas, por lo que tenía que echarlos de allí. «Aun así —razonó—, sería de buen cristiano esperar un momento antes de pillarlos, para que por lo menos puedan entrar un poco en calor.» Sin embargo, mientras los observaba a escondidas empezó a tener la sensación de que no era el calor de la caldera lo que andaban buscando, sino la caldera en sí y el resto de la maquinaria. La señalaban entusiasmados y gesticula-

ban con un destello de alegría en sus rostros llenos de tristeza. A Jon Tygesen se le saltaron las lágrimas.

Salió de su escondite con paso decidido y preguntó con autoridad por qué había pasajeros en la sala de máquinas. Los dos más pequeños parecían estar a punto de salir por piernas en dirección a la escalerilla, pero el mayor se quedó y respondió con un acento casi incomprensible que sólo había querido enseñarles a sus hermanos cómo funcionaba la caldera. Jon Tygesen se mordió el labio para no echarse a reír y acabó perdiendo el hilo de lo que les quería decir.

—Vaya, veo que eres un hombrecillo muy valiente. ¿Así que sabes cómo funciona una máquina de vapor? —preguntó Jon divertido—. Entonces supongo que no hace falta que os lo explique yo...

Los tres chiquillos asintieron entusiasmados y Jon Tygesen empezó a recitar la explicación ensayada que de vez en cuando le pedían para el público de clase alta de la ciudad. Lo hizo de forma sistemática, como de costumbre, empezando por la fuente de energía original que era la combustión del carbón, continuó con la enorme y reluciente caldera de cobre y latón, y luego pasó a describir la transmisión de la energía mediante cigüeñales, engranajes, principios mecánicos y un puñado de datos secundarios.

A los chicos se les esbozó en seguida una sonrisa en los labios y, por muy extraño que pareciera, daba la sensación de que lo estaban entendiendo todo. Porque a veces había alguno que, al principio tímidamente, intervenía con una pregunta acerca de algún aspecto que Jon Tygesen se había saltado para no complicarlo demasiado. Era sorprendente. ¿Cómo era posible que tres mozalbetes de una familia de pescadores de Osterøya se sintieran tan en su ambiente en una moderna sala de máquinas, que con seguridad jamás habían visto antes?

No, afirmaron, nunca se habían subido a un barco de vapor. Pero habían leído sobre máquinas en alguna parte, no quedó claro dónde, aunque probablemente fuera en alguna revista. En cualquier caso, no cabía duda de que lo estaban entendiendo y que mostraban un interés poco frecuente.

Cuando el *Ole Bull* atracó en el nuevo muelle de Murebryggen, Jon Tygesen se preocupó de comprobar que realmente había un familiar esperando a los tres hermanos, se despidió desde el barco y, pensativo, bajó de nuevo a la sala de máquinas.

Los chicos apenas conocían a su tío Hans, pues llevaba infinidad de años perdido en la ciudad. Les sorprendió ver lo bajito que era y lo pequeñas que tenía las manos en comparación con las de su fallecido padre. Mientras cruzaban el núcleo urbano, fueron respondiendo con timidez a sus preguntas sobre cómo les había ido el viaje y cómo se encontraba su hermana Maren Kristine.

Los chicos ya habían estado antes en Bergen, pero nunca de verdad. A veces, en verano, cuando el clima aguantaba soleado, les habían dejado acompañar a su padre y al tío Sverre con la captura del día para venderla directamente en el puerto, pero nunca habían llegado a estar a la ciudad en sí. Cuando perdieron la inseguridad y la timidez iniciales, hallaron tantas cosas que ver y sobre las que preguntar que su tío los comparó con unas crías de cormorán, porque parecía que iban a partirse el cuello de mirar a un lado y otro.

El tío Hans tenía una vivienda a la que llamaba «piso» en la calle Verftsgaten, cerca del agua, donde vivía una muchedumbre de desconocidos que compartían una única casa de tres plantas. El piso estaba compuesto por una habitación y una cocina con alcoba (así se llamaba). Allí era donde dormirían los tres hermanos. El tío Hans les había construido tres literas con sus propias manos.

Conocieron a Solveig, la esposa del tío Hans, e inclinaron la cabeza cuando le estrecharon la mano, tal como su madre les había enseñado una y otra vez. La tía Solveig elogió los hermosos jerséis de lana que llevaban y dijo algo acerca de las habilidades de su madre que no comprendieron.

Había dos cosas que destacar de la vida en la ciudad. La primera era que salía agua de un grifo a pesar de que vivían varios metros por encima del suelo. La segunda, y que había

que aprender cuanto antes, era la singular forma de hacer de vientre que tenía la gente de la ciudad. Junto a la puerta de la cocina había una llave colgada de un gancho que abría una de las letrinas numeradas que había abajo, en el patio. Letrina que, a su vez, era compartida con un vecino y en la que nadie más podía hacer sus necesidades. Una vez a la semana pasaban los *nattmännen*¹ para vaciar los depósitos.

Nattmännen era una palabra nueva, algo terrorífica, e igual de interesante que las grandes ratas que correteaban por el patio.

Se cenaba en la cocina, tras la habitual bendición de la mesa, y el menú solía consistir en pescado y patatas. Tocaba carne una vez por semana, igual que en su casa de Osterøya.

Lauritz, Oscar y Sverre pronto se sintieron como pez en el agua en la soguería Cambell Andersen, que quedaba a diez minutos de camino desde su nueva casa, en la calle Verftsgaten. Eran rápidos de cabeza y diestros en el manejo de los cabos y las herramientas; tanto que los compañeros de trabajo y los capataces le hacían preguntas curiosas al tío Hans, pero con admiración. Él les respondía que eran hijos de pescadores, que llevaban desde los cinco años haciéndose a la mar y que desde siempre habían aprendido a espabilarse en todo. El padre y el tío, por ejemplo, habían construido a mano un barco de pesca que superaba con creces el tamaño habitual de esas embarcaciones, y, cómo no, en aquel proyecto los chicos también habían estado presentes como ayudantes.

Después de tan sólo una semana, el capataz Andersen decidió, sin preguntar a sus superiores, que los hermanos Lauritzen cobrarían un sueldo al terminar el primer mes, en lugar de recibirlo después de los tres primeros, como se solía hacer. No cabía duda de que esos muchachos pronto serían unos trabajadores destacados.

Los domingos tocaba deambular. El tío Hans les explicó que se decía así. Después de misa se deambulaba por la ciudad

1. Literalmente, «los hombres de la noche». (*N. de los t.*)

con ropa elegante, sin ir a hacer ningún recado, sólo saludando a la gente con la que te cruzabas. El camino que más les gustaba a los hermanos era el que subía al pequeño fiordo artificial, al que no había que llamar «fiordo» sino otra cosa, bautizado como Pequeño Lungegårdsvann. Los domingos había hombres que remaban en mangas de camisa en unas barquitas, con el abrigo en la bancada y mujeres sentadas en la proa con un paraguas abierto aunque no lloviera. Al principio, aquella manera de remar les resultó enigmática. Las barcas daban vueltas sin ir a ninguna parte y tampoco se los veía pescar. El tío Hans les explicó que en la ciudad se remaba por diversión; era como deambular pero en barco, lo cual no hizo que les pareciera menos singular.

En la orilla norte de la playa del Pequeño Lungegårdsvann estaba la calle Kaigaten, donde las casas eran grandes, de tres y hasta cuatro plantas, con esculturas y adornos en las fachadas. Como las casas eran de piedra, los cimientos debían de ser colosales, señalaron los chicos la primera vez que vieron la distinguida calle, y le preguntaron al tío Hans cómo habían resuelto el problema. Él les dijo algo así como que la piedra pesaba tanto que, si se construía poniendo piedra sobre piedra, la casa se volvía estable por su propio peso.

Resultó evidente que ninguno de los tres se lo creyó, pero el hombre tampoco tenía una explicación mejor que dar. Era un aspecto en el que él nunca se había detenido a pensar.

Cuando los chicos recibieron un adelanto de su primera paga, al mes y medio de empezar y cuando faltaba poco para el día de San Hans, pudieron pagar la comida que habían consumido en casa de sus tíos e incluso les sobró algo. Tras una votación que terminó en dos contra uno, las cinco coronas sobrantes se las enviaron a su madre. Lauritz hubiera preferido adquirir un libro sobre locomotoras.

Sus vidas iban viento en popa. Aun así, todo terminó de forma catastrófica antes del otoño. Más tarde Hans Tufte se maldeciría a sí mismo por no haber estado más atento. ¿Cómo iba a suponer que los chicos se habían estado escapando todas las noches claras de junio? Con lo pequeños que eran. Si en al-

gún momento había oído algún ruido, se había limitado a pensar que era alguien que estaba yendo a la letrina. Desesperado, intentó excusarse diciendo que jamás en la vida se habría imaginado lo que pasaba. Ni siquiera se había dado cuenta de que los niños tenían falta de sueño.

Christian Cambell Andersen tenía veintiocho años. Era el hijo mayor del maestro soguero y pronto asumiría la dirección del negocio. Era un hombre distinguido, llevaba un elegante mostacho y, por sorprendente que fuera, seguía soltero. Tal vez se le consideraba un joven miembro de la clase alta de Bergen, a pesar de lo difícil que resultaba establecer los límites en ese tipo de elucubraciones. En cualquier caso, era un miembro activo tanto del Comité Ferroviario como de la Sociedad del Teatro y del club filantrópico de caballeros La Buena Obra. Siempre tenía la cabeza llena de ideas y era popular en la vida de sociedad.

Antes de la fiesta de San Hans, debía pasarse por la oficina para terminar una tarea a una hora en la que el ritmo de trabajo ya había empezado a mermar. Para su asombro, se cruzó con algunos trabajadores que atravesaban el patio en dirección a un cobertizo que llevaba vacío cosa de medio año. Lo habían estado utilizando como almacén secundario de cáñamo.

Cuando les preguntó qué pasaba y por qué los hombres llevaban unas hachas de bombero al hombro, en tono inseguro le contestaron algo sobre «la travesura de los niños», pero que en seguida se ocuparían de ello. A Christian Cambell Andersen se le despertó la curiosidad, así que acompañó a los dos trabajadores al cobertizo y él mismo abrió la puerta doble llena de grietas.

Lo que vio al otro lado le sorprendió de tal modo que se quedó con la boca abierta mientras la cabeza no dejaba de darle vueltas. Ante sus ojos había medio barco terminado. Pero no un barco de remos ni una yola, sino una maqueta. Sin duda alguna, la maqueta de un barco vikingo.

—Dios mío —murmuró entre dientes cuando por fin asimiló lo que estaba viendo—. ¡Tiene que ser el barco de Gokstad!

Lleno de entusiasmo, agarró un metro de carpintero que uno de los trabajadores llevaba en el bolsillo lateral de los pantalones de faena y empezó a medir el barco. Sus dimensiones eran, aplicando las nuevas unidades de medida recién instauradas en Noruega y Suecia, 4,6 metros de eslora y 102 centímetros de manga en el centro de la nave. Podría cuadrar.

Tenía que comprobarlo de inmediato y cruzó a paso ligero el patio en dirección al edificio principal, pero de pronto cambió de idea y dio media vuelta.

—¿Para qué queréis las hachas, muchachos? —preguntó.

—Sí, el capataz dijo que hiciéramos pedazos esta porquería y lo tiráramos todo —respondió el mayor de los dos con clara preocupación. El entusiasmo del hijo del dueño era evidente.

—Por el amor de Dios, ¡no toquéis nada ahí dentro! —les ordenó—. Dejadlo todo tal como está, con herramientas y todo. Ah, por cierto, ¿cuál es la travesura esa de la que hablabais?

La respuesta lo dejó atónito. Parecía una broma. ¿Acaso era posible que los tres aprendices recién contratados, y que apenas rondaban los diez años de edad, hubiesen sido capaces de construir aquello? Y, por cierto, ¿dónde estaban los críos?

La nueva respuesta de los hombres, apenas audible y semejante a un murmullo, era un mal presagio. El capataz Andersen había soltado un rapapolvo a los tres ladronzuelos y los había despedido en el acto. Y luego el segundo capataz, su tío, los había tenido que llevar al barco de vapor y devolverlos a su casa.

—¿Por qué se les consideraba ladrones? —preguntó Christian Cambell Andersen.

Pues porque habían robado madera del almacén y habían entrado en el patio contiguo para coger una sierra. Estaba tirada entre los leños cortados, pero no dejaba de ser un hurto. Y las herramientas las habían sisado del taller de reparación de la soguería.

El futuro dueño de la empresa asintió ante la explicación, ya que de nada servía ponerse a discutir sobre el asunto. Repitió de nuevo la orden de que no tocaran nada en el cobertizo, in-

cluidas las herramientas «robadas» y demás material, y luego subió corriendo a su despacho y se puso a buscar en la estantería de libros sobre vikingos.

Igual que muchos otros en aquella época, por no hablar de los turistas extranjeros, Christian Cambell Andersen era un entusiasta de los vikingos. Se sabía de memoria el mito de Fridtjof y, desde que había cumplido veintiún años, había seguido de cerca las excavaciones del primer barco vikingo en buen estado hallado en Gokstad.

Al final encontró lo que buscaba, el libro que contenía las medidas exactas del barco de Gokstad, 23,3 metros de eslora y una manga máxima de 5,20 metros, si convertía las cifras en pies y pulgadas. Anotó las cifras que había que dividir en una hoja y calculó el resultado. Coincidían al milímetro. Los chicos habían construido la maqueta a una escala exacta de 1:5.

Se desplomó en su silla de oficina inglesa y trató de comprender la situación. Pero la cabeza le daba vueltas, ¡tenía que estudiar más de cerca el trabajo de los tres hermanos! Se levantó decidido y volvió con paso firme al cobertizo del otro lado del patio, donde abrió las dos puertas de par en par para que entrara más luz.

Habían tinglado perfectamente los listones del casco, algo incomprensible teniendo en cuenta las líneas fuertemente curvadas del barco, que se juntaban en la proa y en la popa y eran más anchas en la parte central de la nave. Además, tanto el estrave como la popa subían empinados. Parecía un milagro que unos chiquillos sin las herramientas adecuadas hubieran podido elaborar esas audaces y elegantes líneas con un puñado de maderas encontradas por pura casualidad entre la montaña de desperdicios.

Pasó la mano por la tablazón; no había ni una astilla, hasta el último detalle estaba minuciosamente limado. En las tablas laterales que subían por el estrave se veían los lazos de un dragón fantástico tallado en relieve, prácticamente terminado. No había ningún modelo de semejante adorno, por lo menos no en el barco de Gokstad. Christian Cambell Andersen estaba seguro de ello. Si fuera así lo sabría. Pero, de todos modos, los

lazos del dragón parecían auténticos, impecables desde el punto de vista artístico.

Las bancadas no estaban instaladas en el barco, sino apoyadas en una de las paredes del cobertizo. Pero también esas piezas tenían la superficie sutilmente lijada y prometían ser un sitio cómodo donde sentarse. ¡Qué triste que los chiquillos no hubiesen podido terminar su trabajo antes de que un idiota los descubriera!

¿Travesura? Rapapolvo, despedidos y ¡a casa!

Lo peor no era que resultara cruel y poco cristiano, sino que se hubiese manejado de una forma tan boba. Los sogueros no eran ni marineros ni constructores de barcos, pero a un bergense no se le perdonaba que no tuviera ojo para ver un barco hermoso. Bueno, sin duda este asunto se iba a resolver. La pregunta era cómo. Valía la pena pensar en ello.

Unas horas más tarde estaba arriba, en Engen, al igual que la mayor parte de los habitantes de la ciudad, para ver las hogueras de la celebración del solsticio de verano, pero tenía la cabeza en otra parte y abandonó pronto los festejos, puesto que amenazaba lluvia y no quería presentarse mojado en el club de caballeros. Esa tarde tenía apalabrada una partida al julepe con Halfdan Michelsen, que era de su misma edad y pronto asumiría la dirección del astillero más reconocido de la ciudad, y los armadores Mowinckel y Dünner, ambos considerablemente mayores que Christian y Halfdan, pero que afirmaban disfrutar del intercambio de pareceres con una generación que estaba a punto de coger las riendas. Siempre y cuando no se hablara de política.

Christian jugó fatal durante varias partidas y, a buen seguro, sus acompañantes notaron que tenía la cabeza en otro lado, pero fueron lo suficientemente considerados como para no curiosear. Como mucho se trataría de algún asunto del corazón, tema del cual no se hablaba en La Buena Obra. Entraba dentro de lo que se consideraban asuntos propios de cada uno.

Sin embargo, cuando después de la sesión de juego se sentaron a tomarse el combinado de coñac y soda de costumbre, con la lluvia picando en las gruesas ventanas emplomadas, el

hogar crepitando y el cuero de las butacas inglesas crujiendo cálidamente, Christian compartió por fin sus cavilaciones.

Les explicó el asunto sin rodeos, yendo directamente al grano. Unos capataces de la soguería habían despedido a tres aprendices sin consultarlo antes con él, y además les habían zurrado con correas porque, escuchad y asombraos, habían construido una maqueta casi entera y a una escala perfecta del barco de Gokstad.

Los demás lo miraron como si se hubiese vuelto loco.

—¿Qué edad tenían esos aprendices? —preguntó con prudencia el armador Dünner.

—Alrededor de once años, me parece —respondió Christian cohibido. Temía quedar en ridículo.

Y así fue. Sus acompañantes no pudieron reprimir la risa, pero se disculparon en seguida y trataron de pasar página haciendo aspavientos con las manos. Un largo silencio sucedió a la interrupción.

—Tengo una propuesta —dijo Christian conteniéndose—. Apuesto a que los caballeros, en primer lugar, quedarán estupefactos y me darán la razón cuando vean esa obra de arte. Y, en segundo lugar, me pagarán el combinado lo que queda de año para compensar su incredulidad. Y, por supuesto, en caso contrario, ¡seré yo quien asuma el coste de todo su coñac con agua carbonatada el resto del año!

El tenso ambiente se diluyó en una carcajada y, acto seguido, solicitaron el envío de un cabriolé de W. M. Bøschen a la calle Kong Oscar. Con el tiempo que hacía no se les hubiera ocurrido ir andando, a pesar de que la soguería de Nordnes no quedaba lejos.

Media hora más tarde, mientras el carruaje de alquiler se quedaba esperando en la calle, Christian pudo abrir las dos puertas del viejo cobertizo. Llevaba dos lámparas de queroseno para iluminar la penumbra del anochecer. Sus acompañantes se quedaron sin aliento; eran hombres de mar y no tardaron ni un segundo en darse cuenta de lo que estaban viendo.

Sin embargo, en lugar de decir algo, se pasaron un buen rato inspeccionando la construcción. De vez en cuando com-

partían con los demás algún hallazgo o detalle que les hubiera llamado la atención. Como, por ejemplo, que los chiquillos no habían utilizado clavos, sino que habían conseguido ensamblar la tablazón sólo con espigas. Pero ¿cómo habían podido fabricar espigas sin un torno? Halfdan, que llevaba desde la infancia construyendo barcos, miró de cerca una de ellas, cogió un martillo y una cuña, sacó con cuidado la estaquilla y la examinó detenidamente, primero frunciendo el ceño y después con una amplia sonrisa. Luego les dio una breve y alegre charla y les dijo que, sin lugar a dudas, se habían topado con unos «granujillas» de lo más ingeniosos. Habían tallado las espigas a mano, pero en forma de cuña. Después habían envuelto con un poco de cáñamo el trozo que iba a ir dentro del orificio perforado en la tablazón, y lo habían impregnado de brea. Por último, habían clavado las espigas con un martillo para que la brea y el cáñamo se comprimieran y, así, el apaño quedara bien firme. Después, simplemente, habían serrado los extremos que despuntaban y le habían pasado un papel de lija.

Pero ¿cómo habían conseguido aquellos críos doblar los tablones de madera para conseguir la fuerte curvatura del estrave y la popa?

Pasearon la vista a la luz centelleante de las lámparas de que-roseno en busca de una explicación hasta que también la encontraron. Cerca de la pared del fondo del cobertizo, había un cubo con agua colocado sobre unos cuantos pedruscos y, debajo, signos evidentes de fuego. Habían utilizado vapor de agua.

El hallazgo más conmovedor fue el esbozo original. Estaba pegado en una de las paredes largas y estaba compuesto por imágenes en color del barco de Gokstad, con su aspecto tanto al principio de la restauración como al final, tal como se suponía que debía de haber sido mil años atrás. También había algunos sencillos diseños y medidas. Las imágenes estaban sacadas de una revista barata y eran, al igual que los planos de construcción, bastante pobres.

Sin embargo, Christian notó que en ninguna página de la revista había propuesta alguna de dragón enlazado decorando la proa.

Regresaron al club con un humor radiante, ansiosos por empezar de inmediato con la misión de que Christian, a expensas de los tres, no saliera nunca sobrio de los locales en lo que quedaba de año.

Cuando brindó con ellos la primera vez, en la segunda ronda de copas de aquella noche de San Hans, un aire de solemnidad se propagó entre los colegas que ocupaban el club, ahora prácticamente vacío. Era tarde y la mayoría de los miembros habían vuelto a sus casas.

Lo que acababan de ver era un milagro, en eso estaban todos de acuerdo. Tres chiquillos con no más de cuatro o cinco años de escolarización, que sería lo máximo a lo que se podía aspirar allí, en las islas, habían construido algo que bien hubiera podido servir de examen para un ingeniero náutico. Los caminos del Señor eran realmente inescrutables. Tres hijos de un pescador de Osterøya... ¿Por qué los había dotado Dios precisamente a ellos con semejante ingenio técnico? ¿Qué provecho le habrían sacado a tal sistema de engranajes cerebral si se iban a dedicar a echar redes para pescar bacalao?

Christian, que no creía demasiado ni en el Señor ni en sus inescrutables caminos, objetó con sequedad que, fuera como fuese, esos chicos no iban a convertirse en pescadores. Al contrario, serían ingenieros ferroviarios y constructores de puentes.

Al principio, los otros lo miraron consternados mientras la idea iba cuajando en sus cabezas. Después asintieron convencidos. La idea era tan brillante como evidente. Al menos para quien quisiera recibir una señal del dedo de Dios.

El Comité Ferroviario de Bergen había sido fundado allá por el año 1872 y los cuatro eran miembros activos de él. Los proyectos para el ferrocarril habían avanzado a trompicones dado que, por lo visto, los políticos de Cristianía consideraban que los bergenses, un pueblo marinero a pesar de todo, podían seguir perfectamente bajando a vela hasta la capital. Si es que tenían algo que hacer allí. El Stortinget, el Parlamento noruego, había aceptado a regañadientes construir el ferrocarril entre Bergen y Voss, el cual funcionaba desde hacía

algunos años, pero aún faltaba dar el gran paso: prolongar la línea desde Voss y hacerla llegar hasta Cristianía cruzando toda la meseta de Hardangervidda. Los políticos se quejaban y decían que era imposible construir una vía férrea a aquella altitud y con aquel frío, con las ingentes masas de nieve y ocho meses de invierno. Además, Noruega no contaba con los conocimientos de ingeniería necesarios para una obra de tal envergadura; ni siquiera en Suiza habían logrado completar un proyecto similar. A pesar de la presencia de algunos ingenuos optimistas de Bergen, apostar por algo que desde el principio estaba condenado al fracaso no iba a hacer más que llevar a un derroche irresponsable de los limitados recursos del Estado.

En lo que todo el mundo sí parecía coincidir era en que la Bergensbanen, tal como había sido bautizado el proyecto, sería un desafío técnico y de ingeniería sin precedentes. Pero no en que era imposible.

—Por consiguiente —concluyó el armador Dünner después de estar un rato ante los demás dándole algunas vueltas al asunto—, prepararemos a nuestros propios ingenieros, les brindaremos la mejor formación en ingeniería del mundo. La financiaremos nosotros y ellos saldarán la deuda construyendo nuestro ferrocarril.

La mesa quedó en silencio; todos estaban pensativos. Pidieron una última ronda de combinados y brindaron con Christian, que a partir de ese día tenía medio año de bebida gratuita. Pero el silencio continuó. Había algo inaudito en la idea de Dünner que los cohibía.

—Es una decisión delicada —dijo al final el armador Mo-winckel—. Estoy de acuerdo con las palabras de Dünner, en sentido racional. Pero sólo Dios tiene poder sobre las vidas de los muchachos, no nosotros, por mucho que queramos invertir su talento en esto que perseguimos con tanto apremio. Pero dejadme plantearlo de la siguiente manera. La Buena Obra siempre va en pos de causas benéficas bien motivadas. Aquí tenemos a una joven viuda insolvente con tres hijos excepcionalmente dotados. ¿No basta con eso para empezar?

Los demás asintieron, alzaron las copas en señal de mutuo acuerdo y le encomendaron a Christian la misión de ir a visitar a la viuda.

Por fin, aquel día de junio amaneció sin nubes en el cielo. Llevaba lloviendo diez días seguidos sin parar cuando Christian subió a bordo del *Ole Bull*, en el muelle de Murebryggen. El barco iba repleto de turistas, mucho más de lo habitual. Quizá tuviera que ver con el cambio de clima. La mayoría eran alemanes. El salón de primera clase iba tan lleno que, aun con sitio para sentarse, Christian viajaba apretujado e incómodo. Justo iba a salir a dar una vuelta por la cubierta cuando una mujer que tenía al lado le preguntó si hablaba alemán. Y en cuanto él le respondió que sí, la mujer empezó a hacerle preguntas sobre los vikingos y, dada la pasión que Christian sentía por el tema, pudo impresionarla con respuestas a casi todo. Algunos de los acompañantes de la dama comenzaron a intervenir con nuevas preguntas, hasta que Christian se sintió pronto como una especie de «guía turístico», un concepto nuevo para un oficio nuevo.

Los extranjeros estaban como locos con los vikingos y en verano eran cada vez más abundantes las hordas de visitantes que venían de cerca y de lejos y que llenaban de gente los fiordos. Aunque resultaba un tanto extraño, para Noruega era bueno que vinieran. Aquellos extranjeros tenían mucho dinero.

Cuando por fin pudo excusarse y salir a cubierta, contempló el paisaje con otros ojos. Para quien hubiera nacido en Vestlandet, la costa sudoeste del país, y no conociera nada más, éste sería sin duda el aspecto que tendría el mundo. Agua titilante, cimas cubiertas de nieve, acantilados que caían en picado hasta el mar y cascadas que llegaban al cielo. Pero ¿y si venías de una metrópolis llena de hollín, como Londres o Berlín?

A lo mejor sería un buen negocio empezar a invertir en turismo. Con todo el respeto por la soguería, pero ¿acaso tenía eso un futuro igual de próspero que el de los nuevos hoteles turísticos? Era una pregunta interesante y un buen tema de conversación que sacar alguna tarde en el club.

Cuando al fin se apeó en el sencillo embarcadero de Tyssebotn, donde la pasarela se balanceaba considerablemente, sintió como, si de repente, algo en su interior se contrajera. Ahora ya no se podía distraer con el paisaje, sino que debía empezar a concentrarse en la engorrosa conversación que lo había llevado hasta allí.

No parecía que nadie hubiera ido a buscarlo, a pesar de que había avisado de antemano y por escrito de su llegada. Qué raro. La viuda ni siquiera había hecho venir a uno de esos ingeniosos chiquillos para recoger a su invitado. Christian tuvo que preguntar por el camino.

Cuando más tarde por fin entró en el oscuro salón de Frøyenes, los tres muchachos estaban sentados en un banco uno al lado del otro y con la cabeza gacha sin atreverse a mirarlo.

La viuda, Maren Kristine, se sentó con la espalda erguida en una silla grande de madera hecha en casa —decorada con dragones, pudo observar Christian— y le indicó con un gesto que se podía sentar en una silla idéntica que tenía enfrente. La mujer aún no había pronunciado una sola palabra, ni siquiera un saludo de bienvenida. Reinaba un ambiente fantasmagórico.

Christian tuvo que hacer un auténtico esfuerzo para no sucumbir al pánico. Se sentía inmerso en una pesadilla en la que su presencia era extremadamente indeseada. La sala olía ligeramente a vaca. La viuda Maren Kristine era además, por muy desacertado que fuera pensar en ello en aquel momento, una de las mujeres más bellas que había visto, apenas un par de años mayor que él, o ni siquiera eso. Llevaba ropa negra y una toca del mismo color, pero algunas puntas de su pelo largo y cobrizo asomaban por debajo de la oscura tela. Sus ojos de color azul claro lo miraban tranquilos pero no amistosos. En la mesa que había delante de Christian había un platito con galletas. En las paredes de madera había tapices tejidos a mano de un tipo que nunca había visto y que con agrado hubiera estudiado más de cerca, pero en aquellas circunstancias no habría sido lo más adecuado. Debía explicarles cuanto antes el motivo de su visita, pues, al parecer, la familia creía que había ido a tomar nuevas represalias contra ellos.

—Me alegra que haya podido recibirme con sus hijos, señora Eriksen —empezó tras hacer acopio de fuerzas—. Tengo algunas cosas importantes que decir y las expondré de forma ordenada.

Hizo una pausa y miró de reojo a los chicos. Ninguno se atrevía a mirarlo y parecían estar preparados para sufrir más castigos.

—En primer lugar —continuó— debo felicitarla, señora Eriksen, por haber sido bendecida con tres hijos tan inteligentes. Qué entusiasmo sentí, debo emplear esa palabra, cuando vi la maqueta del barco de Gokstad.

Guardó silencio y miró de nuevo a los tres hermanos, que alzaron la cabeza desconcertados e intercambiaron tímidamente algunas sonrisas fugaces antes de ponerse serios de nuevo, temerosos de que madre los viera, y volvieron a agachar la cabeza como si estuvieran rezando.

Su madre seguía con el rostro inexpresivo. Christian nunca había visto a nadie controlándose con semejante tenacidad, y no dejaba de preguntarse si era miedo u hostilidad lo que la mujer estaba ocultando.

—Lo siguiente que quiero exponer —prosiguió más esperanzado en poder rebajar por fin la tensión del ambiente— es la más sincera disculpa por parte de la compañía Cambell Andersen por la lamentable forma en que nuestros empleados trataron a los chicos a raíz de su extraordinaria hazaña. Puedo asegurarle, señora Eriksen, que si yo o mi padre, los dueños de la compañía, hubiéramos sido los primeros en descubrir aquella fantástica construcción, las consecuencias habrían sido mucho más felices, y sobre todo más justas. Habría habido una recompensa en lugar de un castigo y el despido.

La viuda reaccionó por primera vez, pero lo hizo de forma muy clara. Respiró profundamente, no una vez sino varias seguidas, y su atractivo pecho comenzó a subir y bajar, por lo que Christian se avergonzó de su observación tan inevitable como inapropiada.

—¿Sabe, señor Cambell Andersen? —dijo ella conteniéndose aunque su respiración continuase agitada—, ninguna palabra me habría hecho más feliz. Es lo único que puedo decir.

Los tres chicos ya no estaban acurrucados con la cabeza gacha. Habían erguido la espalda y observaban al invitado con expectación. Christian Cambell Andersen se sintió aliviado; ahora pensaba que ya había roto el hielo y no tenía más que echar toda la leña al fuego y seguir a toda máquina.

—Además —continuó, esbozando una primera sonrisa de prueba—, traigo conmigo el sueldo de los chicos por el tiempo que llevan injustamente despedidos. Asimismo, tengo una propuesta que me gustaría que tuviera en consideración, señora Eriksen. La ofrece la sociedad caritativa de Bergen, a la cual también represento, pero que no tiene nada que ver con la compañía. La Buena Obra, así es como nos llamamos, me envía para informarla de su decisión de financiar la formación de sus tres hijos, primero en la Katedralskolan de Bergen, después en la escuela politécnica de estudios avanzados de Cristianía y, por último, en la facultad de ingeniería de la Universidad de Dresde. Es la universidad de ingenieros de mayor prestigio. Está en Alemania.

Los tres muchachos lo miraban atónitos desde el banco, más o menos tal como Christian se había esperado. Pero la viuda Maren Kristine no dejaba entrever con la más mínima mueca lo que estaba pensando. Christian guardó silencio para darle tiempo. Pasaron por lo menos dos minutos y Christian empezó a pensar que quizá se había precipitado al hablar de manera tan explícita. Quizá la familia no entendía la magnitud de la propuesta que había formulado.

La viuda permanecía callada y de vez en cuando asentía de forma casi imperceptible, como si estuviera repitiéndose para sus adentros lo que iba a decir. Al final respiró hondo y habló largo y tendido, con seguridad, sin encallarse ni una sola vez, y en un cerrado dialecto que a Christian le resultaba difícil entender, según se dio cuenta entonces.

—El pastor dijo lo mismo que usted, señor Andersen. Sugirió que estos tres mozos no iban a ser pescadores. Por ello debían mudarse a Bergen para aprender las cosas importantes de este mundo. Pero ahora sé, igual que lo sabía antes, que esos colegios nos quitan a nuestros hijos. Los que reciben esas ense-

ñanzas ya no regresan. Nunca. Entonces dije que no. Y ahora digo que no. Porque necesito a tres hombrecitos pequeños en lugar de un hombre muy grande como el que tenía en la finca. Un hombre que el mar me arrebató.

Al principio Christian Cambell Andersen quedó tan sorprendido que no encontró palabras con las que responder. Había ido a hacerles una ofrenda principesca, casi como la que los tres reyes les hicieron a la Virgen María y al niño Jesús, y la había posado con el máximo esplendor a los pies de una viuda de pescador vestida de luto. Y ella la había rechazado sin titubear.

Christian necesitaba un momento para pensar. Miró de nuevo a los chicos, que estaban sentados mirándolo ora a él, ora a su madre, con los ojos abiertos de par en par. Tenía la sensación de que estaban a la expectativa de que dijera algo de una inteligencia y conveniencia devastadoras. Pero tenía la mente en blanco, lo había cogido completamente por sorpresa.

Pero los silencios largos tenían buena cabida en aquella casa. Ella lo había hecho esperar durante unos eternos minutos, así que él hizo lo mismo mientras reflexionaba.

—Señora Eriksen... —empezó a decir despacio, mientras terminaba de buscar las palabras—. Ya es verano, es época de cosechar el heno en las colinas. Durante este tiempo los chicos estarán bien con usted. Las clases en la Katedralskolan no empiezan hasta después de lo que se suele llamar las «vacaciones de verano», que caen varias semanas después de la cosecha. Eso, en primer lugar. En segundo lugar, los miembros de La Buena Obra hemos observado, perdón, pensado, en las difíciles circunstancias de la señora Eriksen. Por ello hemos determinado que, en tanto en cuanto podamos formar a los chicos tal como le he propuesto, también la dotaremos a usted con una pensión de viudedad que de buen grado podrá compensar la mano de obra de estos audaces mozos en la finca.

Lo último no era cierto. Se lo acababa de inventar. El caso era que el puñado de hombres adinerados de Bergen que se habían reunido no tenían ni idea de lo que implicaba para la esposa de un pescador recién enviudada quedarse sin sus tres hijos. Esa estupidez, o como mínimo falta de previsión, no ha-

bía más que corregirla con una discreta decisión de última hora en relación con una pensión de viudedad.

Y si algún chupatintas de la junta directiva insinuaba que se había excedido en sus atribuciones, que era exactamente lo que había hecho, él mismo, así lo ayudara Dios, cubriría el importe de la pensión con dinero de su fondo personal.

La hermosa viuda guardaba de nuevo silencio mientras meditaba qué iba a decir. Los tres hermanos estaban tiesos en el banco, un poco inclinados hacia adelante y sin apartar ni un segundo los ojos de su madre. No había lugar a dudas de lo que opinaban.

—Madre —dijo de pronto uno de ellos—. Perdone que hable sin su consentimiento, pero me gustaría decir una cosa. Nosotros, sus tres hijos, deseamos esto más que nada en el mundo. No podríamos soñar con algo mejor. Y juramos que siempre cuidaremos bien de usted, madre.

Los otros dos chiquillos asintieron entusiasmados.

Christian Cambell Andersen tuvo de nuevo una sensación de onírica irrealidad. El pequeño ingeniero, o armador, o constructor de puentes, o lo que fuera a ser, acababa de pronunciarse como si Snorre Sturlasson hubiera escrito las palabras. Breve, directo y resumiendo los argumentos en tres oraciones.

Sin embargo, su madre se hizo de rogar otra vez con la respuesta. Por la expresión de su cara no se podía decir qué estaba cavilando en aquel momento ni qué decisión tomaría. Pero de pronto el rostro se le iluminó con la misma sorpresa con la que aparece el sol cuando irrumpe sobre los fiordos en un día gris y tormentoso.

—Señor Christian Cambell Andersen —dijo—. Grande es la confianza que tengo en sus buenas intenciones. Grande es también mi esperanza. Cuide bien de mis tres hijos.

«Incluso ella habla como en una leyenda vikinga», pensó Christian.

Con una de las peores tormentas que se levantaron aquel otoño, el director de la Katedralskolan de Bergen se encontraba

presente como miembro adjunto en la reunión de la junta directiva de La Buena Obra cuando se abordó el decimotercero punto del orden del día. El asunto concernía a la evaluación de los tres hermanos Lauritzen tras sus primeros meses en la escuela.

Lo primero que señaló el director fue que al principio había sido difícil colocarlos. Sus conocimientos eran muy dispares. Por lo visto habían asistido a una especie de curso de formación a cargo de un pastor local en la misma isla de Osterøya. Lo de siempre, vaya: aprender a contar y a escribir y listos, gracias por venir y luego a pescar. Así que en ciertos aspectos, sobre todo cuando se trataba de la lengua alemana, la geografía y la historia moderna, iban muy por detrás de los demás niños de su misma edad.

En otras materias, sin embargo, pasaba exactamente lo contrario. Tenían un talento para las matemáticas y la física que era cuando menos excepcional. Además, el mozo más pequeño tenía unas dotes artísticas que saltaban a la vista. En resumen, en poco tiempo recortarían la distancia que los separaba de sus coetáneos, entre otras cosas porque estudiaban con un ansia y una alegría que los hijos normales de la burguesía de la ciudad pocas veces mostraban. Que los tres hermanos Lauritzen eran estudiantes extraordinarios era un hecho que estaba fuera de toda duda.

—Pero ¿se los puede convertir en ingenieros licenciados en Dresde? —gruñó impaciente el presidente de la junta. Por lo visto era así como debía constar en la conclusión oficial.

Se hizo un silencio tenso en el despacho revestido de madera de encina, solamente roto por la lluvia que repicaba contra las ventanas emplomadas. Los miembros de la junta miraron con ojos severos al director, que parecía haberse quedado en blanco ante la pregunta tan concreta que le habían planteado.

—Disculpen si no me he expresado con suficiente claridad, no era mi intención —respondió al final un poco rígido, y frunció los labios. Parecía que estuviera pensando que le habían formulado una pregunta estúpida—. Por ello les pido que me dejen intentar una vez más describir el asunto de forma que no pueda haber la más mínima confusión —continúo airado—. Si

existen tres chicos en todo Vestlandet a los que podéis convertir en ingenieros licenciados en la mismísima Dresde, ¡son ellos!

El presidente no se dejó provocar por el tono un tanto sermoneador de la respuesta del director, sino que golpeó la mesa con el mazo, agradeció la presencia del director Helmersen y pasó al siguiente punto del orden del día de la sociedad benéfica La Buena Obra.